

esta facultad en los pueblos, sería lo mismo que mantener á un hombre en la infancia. Ciertamente que en la vida es la edad feliz, porque está circundada de una santa ignorancia, que lo escuda contra las crueles decepciones de la edad madura y las amarguras de una penosa decrepitud; pero no se podrá decir que los triviales entretenimientos de los niños y sus gracias pueriles, son el alto fin á que el hombre está destinado sobre la tierra. Pues así también los pueblos, tienen una misión más noble, que obedecer á un soberano que no podría jamás legitimar sus derechos, y trabajar en la abyección de la ignorancia, para satisfacer el orgullo y la sensualidad de una clase que en medio de su ilustración, no daba muestras de comprender sus recíprocos derechos y obligaciones, para con otra clase que por su desgracia y su nacimiento en este suelo, tenían derecho á mayores consideraciones.

Al sentar estos conceptos, muy distantes estamos de canonizar esos impetuosos é imprudentes arranques de una mentida civilización, que ha sido también importada para nuestra ruina nacional; si no de allende los mares, si de otra nación que es tanto más peligrosa para nosotros, cuanto que con su íntimo contacto tiene tanta mayor facilidad para comunicarnos su venenoso aliento. Siguiendo el curso de la obra, nos acercaremos más á los tiempos en que vivimos, y entonces habrá ocasión de apreciar los hechos que le son propios, en los cuales haré notar como hasta aquí, cuales han sido la causa de esas grandes desgracias que este infortunado pueblo ha tenido que sufrir en el transcurso de muchos siglos.

Como ya hice notar desde la parte que sirvió de introducción á esta obra, con la época de la conquista coincidió la edad de oro de México; pero solo en cuanto al sentido religioso. En esto sí no hay duda y no me canso de recordar con inexplicable júbilo, la venida de los primeros

operarios apostólicos, que bajo la humildad de su exterior traían la fuerza prodigiosa para cambiar la faz de los imperios. Confieso que mi alma se estremece de gozo al sonido de aquellas palabras fecundantes con que Fray Francisco de los Angeles superior de los franciscanos mandó á los primeros evangelizadores de este suelo. «Yo os mando que vayais y deis fruto y vuestro fruto permanezca.» Esta fué la palabra creadora que hizo fecundar la nada: ella fué el Fiat Omnipotente, que del caos del tenebroso paganismo azteca y de la corrupción de las costumbres castellanas, hizo brotar la luz de la civilización: y entonces positivamente para México dió principio una época de felicidad en medio de los más grandes quebrantos. Los antiguos habitantes del Anahuac lloraban amargamente sus crecidos infortunios: habían sentido el influjo del ángel exterminador, y veían sus ciudades más populosas convertidas en campos, donde se veían confundidamente hacinadas sus ruinas, sobre las que estaban sentadas la muerte y la desolación, cubriendo con un velo lúgubre una grandeza que pasó y que se marchitó como una flor al impulso del austro y del aquilon. El astro de las noblezas indígenas se había eclipsado: los intrépidos guerreros caídos al golpe fatal de la destructora guadaña, cubrían con sus huesos emblanquecidos, los campos de las batallas: las vírgenes del Anáhuac eran arrebatadas del campo de la pureza para satisfacer los instintos animales de los homicidas de sus padres y de los usurpadores de la libertad de sus pueblos: los famosos monumentos elevados para eternizar sus glorias, habían sido tratados como infames adoratorios del demonio: las preciosidades de su industria, pasaron la dilatada superficie del Oceano para ir á hermohear y enriquecer los gabinetes europeos; y el brillo de las alhajas indígenas, pasó del cuello de las damas del Nuevo mundo al de las señoras de los conquista-

dores. En nada de esto hay exageracion: los antiguos pueblos tuvieron una grandeza positiva: sus antiguas historias han demostrado los adelantos en las artes, sus profundos conocimientos en la astronomía y otras ciencias naturales, y la existencia de monarquías basadas en legislaciones donde estaban sabiamente combinados todos los ramos de la administración pública; pero todo eso se hundió en el abismo de lo que fué, mezclándose en el fondo pavoroso de un mismo sepulcro, el esplendor de todas las bellezas indígenas, con la vida y la libertad de los pueblos que las produjeron.

En estos días de llanto y de amargura para estos pueblos la voz de la religion se abria paso por entre las espadas toledanas; y á pesar del ruidoso estrago de las pasiones de los conquistadores, se hacia oír de aquellos pueblos heridos en lo mas caro de sus intereses, y depositaba en los corazones desgarrados por la desgracia, el bálsamo vivificador de su consuelo. Los primeros misioneros desplegaron un celo admirable por defender los derechos de los naturales y encadenar en el terreno de la justicia, la tiranía de los dominadores, que para saciar su ambición abrieron un mar de lágrimas y de sangre. Los conquistadores como base de su política, encendieron la hoguera de la discordia en el corazón de los pueblos y fomentaron el odio que habia comenzado á crear el despotismo azteca: y tras ese fuego devorador, seguia la inhumanidad de los castellanos concluyendo la devastacion de numerosas naciones. Los indígenas presentaron sus desnudos pechos á la mortífera acción de los instrumentos de guerra: y cuando la efusion de su sangre no era bastante para librarlos de la calamidad que sobre ellos reportaba, se entregaron en brazos de la religion, que enjugó compasiva su llanto, amortiguó su dolor, procuró cicatrizar sus llagas y en cuanto pudo puso á cubierto á aquellos pueblos de la completa ruina

de que estaban amenazados. Estos beneficios cuya magnitud nunca podrá el hombre comprender, ni habrá pluma capaz de poderla describir, fueron los que hicieron al clero católico particularmente al regular, dueño absoluto de las voluntades de los desgraciados naturales; y un pueblo que en medio de la idolatría andaba casi tocando las puertas de la verdad, solo á impulsos de su buen sentido y del influjo de añejas tradiciones, fácilmente adoptó la predicacion de la religion verdadera, y con gusto la depositó en su pecho, como la semilla que debia darle en la civilizacion el fruto de su felicidad. Esto habria así sucedido, porque los primeros prelados de la Iglesia y los individuos de las comunidades religiosas, á la vez de proteger á los indios contra las violencias de los conquistadores, eran sus infatigables maestros en la religion, en las artes mas necesarias en la vida y en las ciencias: pero el hálito de las pasiones que todo lo mancha, no dejó tambien de proporcionar horribles colores, para poner un borron en las páginas de la historia relativas á esta materia.

Una parte del clero secular casi desde su principio mas bien atendió á esquilvar su rebaño, que á nutrirlo con los pastos sólidos de una positiva instruccion. En aquella época, no era el desinterés una de las cualidades características del clero español; y por eso vemos que el conquistador Cortés, en la carta que daba cuenta á Carlos V de haber concluido la conquista de México, entre otras cosas le pedia, que mandara eclesiásticos para la conversion de los indios; pero le recomendaba no mandara clérigos para evitar funestas disputas por causa de los intereses temporales. El Sr. Alaman dice: «el fruto que de las misiones se sacaba demuestra, que el pueblo dispuesto á recibir las impresiones saludables de la religion, hubiera mejorado mucho si hubiera tenido mas instruccion y si los curas hubieran tenido cuidado de dársela, mas que de atender

á sus utilidades personales, fomentando acaso ellos mismos supersticiones que les eran provechosas.» Y testimonios de esta clase tenemos en casi todos los escritores de hechos de aquellos tiempos, particularmente en la recomendable obra del Padre Alegre, donde son frecuentes los pasajes en que lamenta no solo el descuido de los curas para atender debidamente á su feligresía, sino muchos casos en que se convirtieron en verdaderos perseguidores de los predicadores apostólicos, por no perder el fruto temporal que cosechaban á la sombra de la ignorante superstición de los pueblos.

El clero regular por el contrario, con una abnegación heroica y un celo digno de los primeros tiempos del cristianismo, atendía al bien espiritual, y no limitaba su predicación á las ciudades: trepaba las encrespadas montañas: bajaba al fondo de los valles solitarios: y para difundir las luces de la civilización, no le servían de obstáculo ni las asperezas de los montes, ni las enfermedades de las tierras calientes, ni el frío de las regiones septentrionales. En las ciudades abría escuelas y colegios para instruir á la juventud: en los lugares mas cortos congregaba á los pueblos errantes que huían de la devastación de los conquistadores: en los campos trabajaban con el campesino y en los talleres con el artesano; y no esquivaban correr por los desiertos de las tribus salvajes á preparar con el sacrificio de su vida, el triunfo de la civilización.

Este celo de los primeros evangelizadores, lo mantuvieron hasta el fin las comunidades de los jesuitas: los de los colegios de propaganda, particularmente el de Guadalupe de Zacatecas que fué la honra de los de su clase; y algunas comunidades de franciscanos y felipenses: pero en lo general, antes de tener dos siglos el gobierno vireinal, según el informe secreto dado al rey Fernando VI por D. Jorge Juan y D. Antonio Ulloa, ya se habian corrompi-

do las costumbres á un grado lamentable. A esto contribuían dos causas: la primera, que entrando en las miras del gobierno español no dar preponderancia alguna á ninguna clase de la sociedad entre los americanos, aunque estos fueron admitidos en el sacerdocio, no se les permitía ocupar los altos puestos de la gerarquía eclesiástica; y para esto apenas se les daba una instrucción limitada á los conocimientos muy precisos para administrar los sacramentos, mas por rutina, que con el celo y sabiduría, que debe caracterizar á los ministros del altar. Y es la otra razón, que desde los primeros tiempos, la piedad de los fieles fué acumulando tantas riquezas en manos del clero, que ya en los últimos tiempos del gobierno vireinal, se calculaba el valor de estos bienes en la mitad del valor de los bienes raíces del país. Había individuos que sobresalieron en el saber y esto lo prueba, que á pesar de las precauciones de la corte de Madrid, muchos eclesiásticos americanos ocuparon puestos importantes en los coros de las catedrales y aun fueron distinguidos algunos con la mitra y el báculo pastoral: hubo tambien muchos que fueron un modelo de virtud; y aun comunidades enteras que supieron conservar este lustre. Estos eclesiásticos, en el ejercicio de su ministerio eran una predicación práctica, de las virtudes y del progreso; á la vez que en la administración de los caudales de las obras pías derramaban á torrentes la misericordia entre los desgraciados y conservaban el culto con esplendor; pero cuando el influjo de la clase sacerdotal y lo cuantioso de sus riquezas, se reunían en individuos de escasa instrucción ó de costumbres corrompidas, venía á producir funestos resultados. De aquí provino el que paulatinamente se fuera perdiendo en el pueblo el respeto y la veneración á los misterios mas profundos de la religion, que las fiestas solemnes de la iglesia se convirtieran en vanas esteroidades y pompas pro-

fanas, viniendo á hacer consistir la práctica de los mas importantes preceptos de la religion, en puras ceremonias acompañadas no pocas veces con acciones contrarias á la moral, como sucedia para solemnizar las fiestas de los santos patronos de los pueblos, que se tenian corridas de toros, juegos de gallos y de naipes y otras diversiones semejantes. De esta manera fué como las costumbres de algunos eclesiásticos cada dia se pervertian mas y la generalidad del pueblo fué convirtiendo el catolicismo en un fanatismo religioso, á cuyo influjo su corazon se dominaba por la inmoralidad y su inteligencia se perdia en la abyeccion de la ignorancia. Si en estos últimos tiempos se hubiera tratado de inquirir de buena fé, cual era el origen de algunos males que aquejaban á nuestra sociedad, no se habria cometido la injusticia de calumniar á la religion católica en suponerla causa de los desórdenes que ella esencialmente repugna; y sabiendo que estos añejes abusos, eran la precisa consecuencia de una política infame encargada de mantener entre nosotros una dominacion injusta, se habria tratado de poner el remedio positivo á nuestros males y hoy no tendríamos que deplorar los funestos efectos de la division de nuestra sociedad trabajada por la anarquía.

Hemos dado una ojeada sobre el estado general de lo que fué el virreinato de Nueva España: réstanos para concluir, indicar la disposicion de los ánimos acerca de la independencia, para hacer la transicion de esa época de tres siglos de la dominacion de España, á la guerra que les hizo perder estos dominios.

A las causas generales que desde tiempos muy anteriores vinieron preparando la independencia, como era el deseo de los naturales para recobrar la libertad de sus derechos por la opresion en que estuvieron desde el principio de la conquista, y las rivalidades que sucesivamente

se fueron criando entre europeos y criollos, viniéron á influir otras causas mas inmediatas. Hacia mas de treinta años, que las posesiones inglesas en América hicieron un esfuerzo para independerse: en estas circunstancias Inglaterra, mantuvo una guerra con otras potencias europeas, en la cual España fué arrastrada por un efecto de la mala política de su gabinete presidido por el ministro Grimaldi; y el gobierno español teniendo su tejado de vidrio, se puso á tirar piedras al del vecino. Inconsideradamente se protegieron por el gabinete de Madrid, los esfuerzos de los americanos del Norte, sin pensar que mas ó menos tarde este ejemplo seria imitado por los de las posesiones españolas. En 1783, el conde de Aranda representante del gobierno de España en París, firmó el tratado en que se reconocia la independencia de los Estados- Unidos; y este hombre previsor y de notoria superioridad sobre los ministros que habian precipitado á Carlos III á una medida tan fatal para los intereses de España, presentó una memoria á su gobierno profetizándole las consecuencias de su política respecto de sus posesiones de América; y aconsejaba crear en ellas algunas monarquías independientes, que ligadas con las de España por medio de relaciones de familia y de tratados ventajosos para los recíprocos intereses, se pudieran evitar los males que necesariamente debian resultar haciéndose la independencia de un modo violento. Pero el gobierno despreció estos prudentes consejos, y se precipitó en un abismo tan fecundo en calamidades para él como para los pueblos á quienes habia tenido encadenados bajo su dominio.

Poco despues vino la revolucion de Francia, de donde salieron como un torrente las doctrinas del filosofismo, tan peligrosas para los tronos, aun para los que estaban con una existencia sancionada por el trascurso de muchos siglos. Esto, á pesar de la vigilancia para impedir la in-

introducción de libros, no dejaron de circular muchos ocultamente, cuya lectura avivó mas la rivalidad para con los europeos, y hacia concebir mas indisposición para seguir soportando la dependencia del trono de Castilla.

Entre los partidarios de las doctrinas filosóficas, se contó D. José Rojas catedrático de matemáticas en el colegio de Guanajuato; y mantuvo una correspondencia epistolar con una señora que se preciaba de literata. Las estraviadas opiniones en materia de religion que Rojas emitió en su novelesca correspondencia, vinieron á escandalizar á su correspondiente, que se creyó obligada á denunciarlo al tribunal de la inquisición. Sus mismas cartas sirvieron de cuerpo de delito; y se le impuso al acusado una penitencia que sufrió en el colegio de Pachuca. De allí logró fugarse y pasó á Nueva Orleans, en donde publicó un manifiesto, lamentándose de la injusticia de que se creia víctima y pintando la felicidad de los Estados Unidos como la del paraíso perdido. Este escrito no dejó de circular con profusion en el vireinato de la Nueva España, y era un vota fuego en el estado de indisposición en que se hallaban los ánimos.

Ya desde entonces, los conatos de procurar la independencia, no fueron fruto de una imaginación encerrada en el aislamiento: ya se fueron generalizando y sucesivamente vemos, la conspiración tramada por D. Juan Guerrero natural de Granada, y que fracasó por denuncia que de ella se hizo por uno de los mismos que estaban comprometidos en su ejecución. Despues tuvo lugar la conspiración llamada de los machetes y tramada por D. Pedro Portilla cobrador de los derechos de la ciudad de México que tenía sus juntas con los demas comprometidos en una casa del callejon de Gapuchines en la capital. El virey Azanza tuvo noticia de esta oculta trama y procedió á la prision

de los reos aunque ocultando al pueblo el motivo de la prision, «para evitar abilllas y reflexiones peligrosas, dice el virey en su informe á la corte, y pávulo al encono que desgraciadamente reina entre europeos y criollos: pues aunque las circunstancias de los sujetos que habian formado este proyecto, me debieron dar poco cuidado, pues ni por su crédito, ni facultades, ni por su talento eran propias para una empresa de esta especie; pero como por una grande fatalidad existe en esta América una antigua division y arraigada enemistad entre europeos y criollos, enemistad capaz de producir las mas funestas resultas, y que siempre debe ser temible para el gobierno, tuve por preciso mirar seriamente este asunto, y tomar activas providencias para cortar el mal antes que adquiriese incremento.»

A mas de estas tentativas en la capital del vireinato hubo las otras dos en el territorio de la Nueva Galicia, de que ya se habló en los capítulos anteriores: algunas serias divisiones entre europeos y americanos en la provincia de Michoacan; dos tentativas para facilitar la anexión de la provincia de Tejas á los Estados Unidos, hechas por el aventurero Nolland y el coronel Burr, vicepresidente de aquella nacion; y los movimientos de independencia manifestados en Venezuela y Nueva Granada, bajo el influjo de la política de los Estados Unidos. Todo estaba anunciando un general sacudimiento, para romper los lazos con que por tres siglos habia dependido la suerte de México de la voluntad de España: si la corte de Madrid hubiera obrado con cordura é inteligencia, no habria esforzándose en una represion ya extemporanea; y puesta á la vanguardia de los acontecimientos, los hubiera utilizado en beneficio de los dos pueblos; pero encerrado aquel gobierno en el círculo de su egoísmo, se opuso al torrente que habia movido su propia

política y el curso natural de los tiempos, quedando aplastado bajo el peso de las circunstancias.

Y no solo cometió el gobierno la imprudencia de contrariar un movimiento que era parto natural del avance de los siglos, sino que puso el votafuego en la opinion pública por el concurso de todos los hechos que se dejan reseñados: él mismo aplicó la llama que debió producir el incendio y la esplosion que vino á romper el hilo cuya trama habia empezado Fernando Cortés hacia tres siglos.

Ya hemos dicho, cómo para satisfacer el gobierno de Madrid las exigencias de Napoleon, dictó la fatal medida de la consolidacion de los capitales piadosos, lo cual hizo subir á un grado increíble el descontento general, porque este paso importaba una incalculable disminucion de la riqueza nacional y un atrazo considerable para los giros de la Nueva España, principalmente en la agricultura, para quien eran como unos bancos de avío los capitales piadosos. A esto se agrega que en aquel mismo tiempo, visitó el virreinato el Barón de Humboldt, con permiso del gobierno y orden para que en todas las oficinas se le proporcionaran los datos necesarios para sus observaciones. Las reflexiones de este sabio y célebre viajero, vinieron á hacer comprender perfectamente la importancia de este suelo tan colmado de beneficios por la mano liberal del Autor de la naturaleza; y sus habitantes formando la idea de que esta nacion podría llegar á ser de las mas poderosas teniendo su independencia, avivaron mas sus deseos para conseguirla. Ya de tal manera estas ideas estaban en fermentacion, que eran una fiebre que hacia hervir á todas las inteligencias; y los acontecimientos en tiempo del virey Iturrigaray, acabaron de despertar este pensamiento. Estaba para sonar la hora: y todo se conjuraba para producir el cambio que el Arbitro de las sociedades habia decretado en las relaciones generales del Universo. El ce-

tro de Carlos I de España y de su hijo Felipe II habia pasado de sus robustas manos á las débiles de Carlos IV y Fernando VII: la nacion española que en otro tiempo habia estendido los dominios de su gobierno, sin que en ellos se pusiera el sol, y que habia tenido entre sus cárceles á un rey de Paris, habia agotado su vigor; y presentaba el triste espectáculo de un pueblo devorado por la anarquía. La fuerza con que se dobló la cerviz de los pueblos del Anahuac, se habia debilitado; y llegaba el momento en que rotos los restos de la obediencia de tres siglos, se diera el primer impulso á un torbellino, donde se confundió la sangre de las víctimas con la de los sacrificadores. El sol de la independencia debia alumbrar de nuevo al pueblo mexicano; pero los fulgores de su claridad, no debian hacerse ostensibles, sino al traves de una borrascosa tempestad, que llenando once años de nuestra historia, va á ser la materia del siguiente tomo.

FIN DEL TOMO TERCERO.